

LA PENA DE MUERTE COMO ESPECTÁCULO DE MASAS EN LA VALENCIA DEL QUINIENTOS

Vicente Adelantado Soriano

Universitat de València

Fieles al título de la ponencia, hemos tratado de estudiar las penas de muerte como un espectáculo de masas, como un acontecimiento ciertamente brutal pero que era seguido por buena parte de la sociedad de aquel momento. Por desgracia poseemos pocos documentos de estos espectadores. Para el caso valenciano, no obstante, contamos con el *Dietari* de Jeroni Sòria, y con el *Dietari del capellà d'Anfos el Magnànim*. Ahora bien, las noticias que dan ambos dietarios son tan parcas, tan escuetas, que bien podrían pasar por la descripción más objetiva y desapasionada posible de unos ajusticiamientos que nos dicen, al mismo tiempo, gozaban de gran popularidad. Así, con una más que evidente exageración, el capellán del rey Magnánimo nos informa de que a la ejecución D. Álvaro de Luna, en 1453, asistieron unas 300.000 personas.

Por testimonios directos sabemos que la pena, azotes o exhibición pública de adúlteros, era anunciada por el trompeta de la ciudad por esquinas y plazas; y que llevaba a cabo dicha sentencia, azotes por ejemplo, cuando había conseguido reunir a un determinado número de espectadores. Esto mismo se iba repitiendo a lo largo de toda la ciudad. Otros reos recibían su castigo montados sobre un asno o corriendo delante del verdugo. Son formas de ejecutar las penas que no tienen sentido sin los espectadores.

Sabemos que asistía mucha gente a estas ejecuciones itinerantes gracias a la pena impuesta, en 1503, a un labrador que atentó contra Fernando el Católico. Condenado a que le cortaran una mano, le vaciaran un ojo, le amputaran la nariz, etc., y le extrajeran el corazón en vivo, la ejecución se llevó a cabo por diversas plazas y

calles de Barcelona. Se advierte, mediante un bando, que todo aquel que le arroje piedras o atente contra la vida del reo será condenado a muerte, pues la pena la tiene que llevar a cabo el verdugo.

Se buscaba, con los castigos y las ejecuciones, una advertencia o una pedagogía disuasoria. Era la llamada pedagogía del terror. De ahí que castigos y ejecuciones fueran públicas. Y no solamente éstas, sino también el cuerpo, los restos del ejecutado, se consideraba un espectáculo en sí: los ahorcados eran dejados en el patíbulo durante días y días. Y no olvidemos que los patíbulos se elevaban en los lugares más concurridos de la ciudad, el mercado por regla general. Y las diversas partes de los descuartizados eran repartidas por las puertas de entrada a la ciudad a fin de avisar a quienes entraban.

No sólo la ejecución se consideraba espectáculo en sí. Ya hemos visto que también lo eran las diversas partes del cuerpo del reo. Igualmente, por lo tanto, lo podían ser los cuerpos del asesinado y de su asesino. Así, en varias ocasiones, con los cuerpos de ambos se montó una especie de apariencia o grupo escultórico. Se hizo de noche y a la luz de las antorchas para hacerlo más tétrico si cabe. Lo mismo sucedió con un travestido que se hacía llamar Margarita. Lo ejecutaron mediante la horca. Pero tuvieron “el cuidado” de ahorcarlo vistiendo tan sólo una camisa, de forma que al estar en lo alto del cadalso quedarán al aire sus vergüenzas, poniendo así de manifiesto que el tal Margarita era un hombre y uno una mujer como pretendía él mismo.

Para comprender tales actitudes, debemos contextualizar el concepto de cuerpo, o lo que se pensaba, en la Valencia del quinientos, que era el cuerpo. Era no solamente la fuente del placer sino también la causa de la perdición o de la salvación del hombre. De ahí el doble castigo del descuartizamiento y de no enterrar al desgraciado reo. Se da el caso de un pobre condenado que, asustado por lo que le esperaba, se suicidó en la prisión. Antes de hacerlo, con su propia sangre, escribió que moría como cristiano y deseaba, en consecuencia, ser enterrado en sagrado. No lo

logró. Su cuerpo fue arrojado a la playa, y luego enterrado allí. Los ejecutados, por otra parte, contaban con un cementerio separado del resto de los mortales.

Por si la ejecución en sí no era suficiente espectáculo y castigo, se podía añadir a la misma la negativa de la confesión, del perdón, como sucedió en varias ocasiones. La desesperación del reo era doble: el castigo era tanto corporal como espiritual.

Muchas de estas ejecuciones, al igual que las entradas reales, procesiones, exequias, via crucis, etc., eran itinerantes. Ya hemos visto antes como el trompeta de la ciudad anunciaba el castigo por plazas y lugares concurridos procediendo a ejecutarlo una vez reunía a un grupo de curiosos. En el caso de los uxoricidas y parricidas, el reo era llevado al cementerio donde reposaban los restos mortales de su pariente. Una vez allí los extraían de la tumba, y obligaban al condenado, tumbado en el suelo, a besar la boca del putrefacto cadáver de su mujer, o las manos del asesinado padre o marido. Reo hubo que, ante semejante castigo, a punto estuvo de llegar a la locura. Gracias a una de estas ejecuciones sabemos que asistía mucho público a las mismas, pues el dietarista nos cuenta que el atribulado y arrepentido reo, temblando y llorando, pidió perdón al agusanado cadáver de su mujer y a todos los presentes.

Evidentemente las ejecuciones más espectaculares, por sus ropajes, sus ceremoniales, el uso de la lengua litúrgica, y por la asistencia de personas relevantes a las mismas, eran los autos sacramentales. A estos, desde luego, se les daba la máxima solemnidad posible, como también se hizo con el sacerdote degradado y ejecutado por pertenecer a la Germanía. En estos casos lo de menos era la ejecución en sí. El espectáculo, lo novedoso consistía en todo ese ceremonial que no tenían las ejecuciones capitales corrientes o por delitos comunes.

La justicia, sin embargo, no sólo daba estos espectáculos sangrientos y brutales. También podía llegar a reconocer sus errores y a perdonar al reo en el mismo cadalso, como sucediera en Valencia en 1521. Con la soga el cuello, el reo proclamó su inocencia una vez más. No debían estar muy seguros de su culpabilidad, pues el gobernador lo perdonó. Y el reo se fue a la Iglesia a dar las gracias. Quedémonos con este espectáculo de benevolencia y honestidad en la Valencia del quinientos.

Vicente Adelantado Soriano